

¿Identidades móviles o movilidad sin identidad? El individuo moderno en transformación¹

DANIEL HIERNAUX-NICOLAS²

RESUMEN

La Geografía Humana se enfrenta con nuevos retos, por la ya muy estudiada "compresión espacio-temporal". La creciente movilidad de las sociedades contemporáneas nos impone revisar el concepto mismo de identidad en su dimensión espacial, como elemento central para reconstruir el individuo moderno y las dinámicas territoriales. La hipótesis central de este trabajo es que el incremento de la movilidad no destruye las identidades sino que las reconfigura a través de nuevas dinámicas territoriales, mucho más fluidas que por el pasado, particularmente por el rol de las nuevas tecnologías de información y comunicación que permiten nuevas interacciones sociales. Lo anterior se ilustra a través de dos ejemplos: el turismo y la migración internacional.

ABSTRACT

Human Geography has to deal with new challenges as a result of the already well known "space-time compression". The growing mobility of contemporary societies, forces us to review the very concept of identity in its spatial dimension, as a central element to rebuild the modern man and the territorial dynamics. The central hypothesis of this paper is that mobility is not destroying identities but reconfiguring them through new territorial dynamics, much more fluid than before, particularly because the mediation of the new technologies of information and communication, allowing new social interactions. Those ideas are illustrated by two examples: tourism and international migrations.

Palabras clave: Dinámicas territoriales, identidad, movilidad

Key words: Territorial dynamics, identity, mobility

La Geografía Humana se enfrenta con nuevos retos, particularmente con relación a la necesaria revisión de los conceptos de espacio, territorio y sujeto-agente territorial, a raíz de dos factores esenciales: por una parte las transformaciones mismas de las sociedades contemporáneas, por la

otra, la evolución de las ciencias sociales que parecerían haberse apropiado en parte de la materia prima del trabajo del geógrafo (Hiernaux, 1999).

¹ Artículo recibido el 15 de julio de 2005 y aceptado el 29 de septiembre de 2005.

² Profesor Investigador titular y Coordinador de la Licenciatura en Geografía Humana de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Ciudad de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.
E-mail: danielhiernaux@yahoo.com.mx

Hoy en día, el concepto de espacio se encuentra revisado bajo todos sus ángulos tanto por sociólogos, como antropólogos, filósofos, etc. (Clocke & Johnston, 2005; Knafou, 1997; Barnes & Gregory, 1997). En particular, se ha evidenciado que la época actual reivindica más el espacio que el tiempo (Foucault, 1986; Soja, 1989), en la medida en que la compresión temporal se ha acentuado por los avances tecnológicos en materia de transmisión de información y mejoramiento de las comunicaciones. La literatura sobre este tema es más que vasta.

Sin embargo, desde la geografía humana existen aún muchas lagunas que llenar, ya que nuestra disciplina se ha basado, esencialmente y en el largo plazo, sobre la larga duración temporal, y la continuidad espacial. Lo anterior ha sido ampliamente asimilado por la geografía tradicional a lo largo del siglo XX, de tal suerte que pudiera parecer relativamente difícil para los geógrafos actuales, responder a la interpección que emana de las demás ciencias sociales.

Si bien autores como Milton Santos (1997) han insistido ampliamente sobre las transformaciones del medio tecnológico y sus implicaciones espaciales, no deja de ser evidente que la geografía humana actual, apenas recobra el sentido del individuo y de actuar cotidiano. Por ende, el camino por recorrer es particularmente arduo. Existe pues un déficit de conocimiento que se centra, en nuestra opinión, en torno a dos grandes ejes: el primero es el de repensar al individuo como actor del territorio; el segundo es reconstruir algunos conceptos centrales para la geografía humana, como la identidad territorial por ejemplo, en el contexto de la creciente movilidad de personas, bienes e información.

El tema de repensar el individuo no se tratará en este trabajo: remitimos entre otros, a la obra de diversos autores como Gumuchian *et al.* (2003); Di Meo (1999); así como, desde una perspectiva latinoamericana, Lindón (2005; en preparación a

y b). Cabe señalar que la corriente humanista en Geografía, ha permitido dar pasos decisivos en este sentido: la cuestión esencial ha sido, en este contexto, volver a pensar la geografía humana a partir del actor, no tanto para seguir una “moda” sociológica (el regreso del actor), sino por el reconocimiento evidente, que el actor ha sido, en términos de Gumuchian *et al.* (2003) el gran “olvidado del territorio” aunque sea decisivo su papel –a título individual– en las dinámicas territoriales. En el contexto de este escrito, partimos de un planteamiento en este orden de ideas, es decir revalorizar el papel del individuo, y no solo del grupo social, como suele hacerlo la geografía tradicional.

La reconstrucción de otros conceptos, tal como el espacio, por ejemplo, se ve interpelada por esta primera afirmación. En este sentido, la creciente movilidad de las sociedades, impide seguir viendo el espacio como algo “absoluto”, como lo afirmó Henri Lefebvre (1974), imaginándolo solamente como resultado de fuerzas sociales colectivas. Se vuelve central reconsiderar el espacio desde lo vivido, el individuo, las microdimensiones (Crang, 2005). La consecuencia lógica de este planteamiento, es que no solo urge analizar el papel del individuo en su cotidianeidad, sino también repensar la construcción misma del individuo como ser, entre otros, por lo que atañe a la geografía, en su construcción como sujeto espacial.

La movilidad, por ejemplo, es en efecto un fenómeno tanto individual como colectivo, e implica decisiones individuales por lo que “el actor territorializado opera en el seno de sistemas de acción concretos que son evolutivos y permeables entre sí, que permiten construir la decisión y transformar colectivamente los objetos espaciales” (Gumuchian *et al.*, 2003: 34).

En este sentido, la movilidad como decisión individual inserta y evolutiva en el seno de lo colectivo, se vuelve un factor particularmente relevante para entender otras dimensiones sociales como la “identi-

dad". Esta, construida en torno a la pertenencia espacial duradera (expresada, entre otros, en el derecho), pero trastornada por las movilidades de la actualidad, que le imprimen nuevas dimensiones espaciales³. En este sentido, el trabajo que presentamos a continuación, busca, en forma exploratoria, la revisión de esta problemática.

El título de este trabajo articula tres componentes centrales de nuestros sistemas de referencias, fuertemente influidos por las transformaciones globales actuales:

La movilidad: la definimos como la capacidad de abstraerse de las limitaciones espacio-temporales que provocaron la sedentarización de las sociedades tradicionales, y la incapacidad secular para movilizarse en un espacio extenso en tiempos cortos. La movilidad es considerada como una de las ventajas mayores de la modernidad, un grado de libertad ofrecido a los individuos y a las empresas. Además, es exacerbada en la fase actual de hipermodernidad la cual, según algunos autores, tiene la virtud de reducir el anclaje secular de las sociedades humanas en el territorio estable y continuo así como en los tiempos largos (Giddens, 1993)⁴.

La identidad: Surgen muchas ambigüedades en torno al uso de la noción de identidad, particularmente por los papeles subordinados o dominantes que pueden ejercer las dos dimensiones centrales de la identidad: el tiempo y el espacio (Hiraoka, 1996: 38). Las identidades tradicionales relevan fuertemente de la segunda dimensión –el espacio– mientras que el modelo de

identidad moderna que tiende a imponerse progresivamente en todo el mundo, se sustenta en el tiempo (la pertenencia temporal). Esta "...es fluida y permanece abierta..." (Hiraoka, 1996: 76). Para muchos autores, la identidad tradicional solo es una reminiscencia del pasado, que pudiera haber quedado desconstruida en el contexto actual de cambios espacio-temporales. Prácticamente, la identidad tradicional pudiera entonces ser considerada como un remanente premoderno.

Las dinámicas territoriales: Mientras que las dinámicas territoriales estudiadas por la geografía regional tradicional relevaban de los tiempos largos –del tiempo histórico y natural–, la modernidad ha gestado una aceleración de los cambios territoriales. En este sentido, las dinámicas territoriales de la actualidad son mucho más intensas y radicales que por el pasado. Además, son procesos inestables que no forzosamente se construyen en la continuidad, sino que suelen reflejar el carácter efímero y, en buena medida caótico y desordenado de las sociedades actuales.

¿Cómo articular entonces estos tres componentes?

En primer lugar, reconocer que la tercera –las dinámicas territoriales– depende en cierto punto, aunque no exclusivamente, de las modificaciones de las otras dos, es decir de la movilidad y de la identidad.

Enseguida, afirmar que las transformaciones espacio-temporales que impone la nueva movilidad, modifican la forma como se logran construir las identidades; en este sentido, el título del trabajo indica que estaríamos entre dos polos opuestos de evolución: el primero, refleja que se asistiría a la transformación de las identidades tradicionales en identidades móviles, mientras que, en el otro extremo, que las identidades estarían en vía de desaparición por la presión ejercida por la movilidad.

La hipótesis de trabajo seguida en estas páginas es que las identidades se transfor-

³ En fecha muy reciente (septiembre 2005), el ministro de asuntos extranjeros francés, hizo una declaración "fuerte" respecto de la conveniencia de seguir aplicando el derecho del suelo, para aceptar como connacionales a inmigrantes en los territorios y departamentos de ultramar franceses, sometidos a fuertes presiones migratorias extracomunitarias.

⁴ Giddens define el "desanclaje" como "...el 'despegar' las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales" (Giddens, 1993: 32)

man, y ciertamente adquieren nuevas configuraciones en proporción a su capacidad para integrar las consecuencias de cierto grado de movilidad; por ende, asumimos que no existe una pérdida de identidad que se expresaría a través de la homogeneización del género humano como tienden a afirmarlo, con demasiada facilidad, quienes visualizan al futuro como la homogeneización radical del espacio y de la humanidad.

Para demostrar estas hipótesis tenemos primero que referirnos a los cambios en los modelos espacio-temporales ligados a la modernidad actual, ya que esta dimensión filosófica resulta esencial: mostraremos posteriormente, que las dos dimensiones espacial y temporal son las claves para entender las identidades.

Enseguida, analizaremos la dimensión tecnológica, en el sentido de tratar de comprender de qué manera la movilidad se ha visto afectada positivamente por los cambios tecnológicos, pero también qué lugar real ocupan la tecnología en las transformaciones recientes de la movilidad.

En tercer lugar, se analiza cómo se da la construcción de las identidades en el contexto de las sociedades actuales, en contraste con las tradicionales, lo que llamamos la dimensión societaria.

Finalmente, ofreceremos dos ejemplos, el primero es el turismo, el segundo la migración transnacional. A través de ellos, trataremos de evidenciar las relaciones específicas que articulan los tres términos centrales de la presentación: movilidad, identidad, dinámicas territoriales.

Cambios de modelos espacio-temporales: la dimensión filosófica

La discusión filosófica sobre los modelos espacio-temporales es particularmente larga. Podemos observar dos formas de abordar el tiempo en el pensamiento filosó-

fico: el primero, lo considera como continuo, homogéneo y susceptible de ser fragmentado en porciones reducidas, en unidades menores, que sirven de referencia para la medición misma del tiempo. La segunda, aquella que habla de un "tiempo-devenir", considera en forma insistente la duración como elemento central de la definición del mismo. Para Henri Bergson, el tiempo devenir es un tiempo fluido, que Bachelard asimila al transcurrir de la vida (Bachelard, 1999).

Presente desde la filosofía griega, la primera construcción filosófica del tiempo encontró un reforzamiento considerable por la asunción del racionalismo cartesiano, y el mismo concepto de espacio que se le asoció: así, el espacio continuo, homogéneo e infinito que caracteriza a la geometría analítica y al pensamiento racional, se puede asociar sin dificultad con la idea de un tiempo lineal, bajo la forma de una flecha del tiempo (Crang, 2005; Hiernaux, 1999).

Esta espacialización del tiempo lleva a una fragmentación del mismo en unidades susceptibles de medición, hecho que también invade la concepción del espacio. El tiempo y el espacio se asocian entonces en un modelo espacio-temporal particularmente denso, que domina toda la fase de la modernidad hasta nuestros días. Es también, la puerta abierta para una descomposición de las unidades de vida, transformadas en unidades de tiempo, sin continuidad ni posibilidad de memoria.

Esta visión fragmentada ha sido ampliamente recogida por la geografía humana, particularmente en su orientación economicista, de tal suerte que, en esas corrientes, se ha perdido la dimensión del ser humano, fundamental para una Geografía con sentido. "El tiempo especializado, el tiempo en el cual fluye el cálculo económico y en el seno del cual se coordinan a gran escala, las interacciones sociales, es ultradominante" (Zarifian, 2003: 97).

La fragmentación del tiempo y del espacio da ampliamente lugar a lo que se ha llamado “el contagio de la urgencia” (Jaurguiberry, 2003: 156), esta necesidad que parecería imperiosa en el mundo actual, de optimizar el tiempo y el espacio a partir del uso de tecnologías que reducen la espera, garantizan la copresencia virtual y permiten la interacción inmediata, como son el teléfono celular, la informática y sus tecnologías derivadas.

La urgencia también implica la escasa duración de los eventos: fragmentados como el tiempo y el espacio, las actividades se vuelven “fast” que sea en la comida, los encuentros sexuales, la forma de conseguir la información (no se lee un libro sino que se recurre a la “tela” (net) que permite encontrar en forma inmediata lo requerido o, con frecuencia, su sucedáneo). Estamos así cediendo el paso a la tiranía de lo efímero, para cuyo análisis aun carecemos de un abordaje geográfico.

La otra visión del tiempo y el espacio y el modelo espacio-temporal que se deriva de la misma, pretende “...distinguir entre tiempo físico (el de los relojes) o cronos, y tiempo subjetivo, el de la conciencia (Bergson) que Etienne Klein propone llamar ‘tempus’” (Aubert, 2003: 177)⁵. El tiempo subjetivo –tiempo interno– se asocia con una visión del espacio radicalmente diferente; un espacio conocido a partir de las percepciones a su turno resultado de sensaciones, pero también un espacio construido sobre la base de la subjetividad del individuo, que elabora mentalmente una representación del espacio única, la suya⁶. Este modelo de comprensión de la relación espacio/tiempo conlleva la edificación de un modelo espacio-temporal específico, diferente del de la hipermodernidad, pero

cada vez más presente en otras formas de concebir la geografía humana, que podemos reconocer, entre otros, en las corrientes constructivistas y humanistas en geografía⁷.

El incremento de la movilidad: la dimensión tecnológica

Tenemos que regresar al primer modelo de espacio-tiempo, ya que es este, finalmente, el que se asocia a la movilidad acelerada. La tecnología juega un papel importante en la potencialidad de vivir acorde con este modelo espacio-temporal, pero resultaría erróneo asignarle toda la responsabilidad en los nuevos modelos de movilidad.

No es admisible el planteamiento que la tecnología define nuestros comportamientos espaciales; por el contrario, es la visión economicista “ultradominante” la que se ha impuesto en las sociedades en forma tal y con una intensidad tan notoria, que exige que la tecnología se acomode a ciertas necesidades sociales.

No hay pues determinismo tecnológico, sino elección societaria de un modelo social sustentado en una tecnología particular, que rompe los patrones tradicionales de tiempo y espacio: en este sentido, los objetos no son “nómadas” porque la tecnología los quiso como tal, sino porque la sociedad demanda a la investigación tecnológica de concebir estos artefactos nómadas que precisa.

En este momento requerimos introducir la noción de imaginarios globales. Cameron y Palan argumentan claramente que la globalización es una “narración espacio-temporal” (Cameron y Palan, 2004: 69). El tema de la globalización se ha perdido en

⁵ Crang introduce en la discusión el “kairos” o tiempo “kairológico” como el espíritu de cada momento, el *genius loci* (Crang, 2005: 212) o la oportunidad temporal de cada momento de la vida cotidiana, en oposición al tiempo cronológico (de “choros” en griego).

⁶ Estamos, evidentemente, sugiriendo planteamientos neokantianos.

⁷ A este respecto, estamos preparando el siguiente libro: Lindón, A. y Hiernaux D., *Geografía humanista y enfoques constructivistas* (en prensa) que reúne textos esenciales para entender esta perspectiva.

su propia retórica, “falla todo intento de entender la globalización... en términos puramente fenomenológicos, debido a las poderosas narrativas en acción” (Cameron y Palan, 2004: 154). En otros términos, se hacen presentes varias narrativas –sobre las cuales no pretendemos extendernos– que ocultan la realidad inmediata, perceptible de la globalización.

En nuestra opinión, la relación entre tecnología y movilidad es una de estas narrativas, particularmente perniciosas. Las numerosas voces que argumentan que la tecnología se encuentra en la base de una transformación social y nos obliga a orientar la historia en cierto curso, no son más que una forma de ocultamiento de la fuerza poderosa de quienes deciden qué tecnologías lanzar al mercado, o cómo promover unas a expensas de otras.

Por otra parte, es cierto también que la tecnología, como sustento de un incremento de la movilidad, es un imaginario profundo que atraviesa las sociedades hipermodernas, de tal suerte que se presenta una real demanda (¿o creencia?) en el poder de la tecnología como fuerza liberadora del individuo.

En este contexto, los objetos demandados (quizás no directamente como tal, sino como “objetos percibidos en estado de *ensueño* societal”), se transubstancian en objetos deificados.

La movilidad, como bien lo afirma Godard (2003) es una demanda social que no debe ser subestimada: mientras que algunas voces empiezan a elevarse contra esta concepción del tiempo y el exagerado recurso a los artefactos tecnológicos para acentuar la movilidad de por sí propia de la modernidad, amplios sectores de la población mundial demandan el acceso a esta tecnología y están dispuestos a muchos sacrificios económicos y sociales para adquirirla.

Sin embargo, afirmar que la movilidad se ha acentuado para todos en forma pare-

ja, sería otra afirmación subjetiva sobre la extensión y la penetración de la tecnología y de sus artefactos. Más bien estamos cada vez más llegando a una sociedad a varias velocidades: quienes acceden a la tecnología de punta, se vuelven efectivamente más móviles, adquieren un sentimiento “...de poder estar en varios lugares y distintos tiempos a la vez y revela si no una aniquilación del tiempo, por lo menos un sentimiento de autonomía frente al tiempo...” (Aubert, 2003: 178).

Por otra parte, quienes no pueden acceder a la misma autonomía, es decir un desprendimiento frente a la tiranía del tiempo y del espacio, suelen desarrollar una frustración social incontenible, un deseo insatisfecho de acceder a la hipermodernidad que observan sin parar en la “cajita idiota”, una televisión que refleja cada vez más un mundo tan distinto al entorno de vida de los excluidos de la tecnología, que se vuelve una articulación perversa a los imaginarios de la globalización.

En términos prácticos, el acceso a los objetos nómadas se ha hecho cada vez más fácil, pero aun así dichos objetos no son disponibles para todos: ¡aún hay clases sociales! Entre el teléfono tradicional móvil de tarjeta prepagada, blanco y negro, y los “híbridos” multibandas (es decir, utilizables en cualquier parte del mundo), de tecnología GSM última generación, con cámara de fotos fijas y/o videos, sin olvidar las funciones de asistente personal y de reproductor de música, hay un abismo de diferencia, que expresa bien que el acceso a la tecnología es un símbolo más de las diferencias sociales que, en la “globalización real”, resultan más intensas, diversas y complejas que nunca.

A partir de la idea de que la tecnología es antes que todo una demanda social asociada a la creciente imposición (pero también reclamo) de un modelo espacio-temporal hipermoderno, basado en la fragmentación-medición-optimización del tiempo y del espacio, podemos pasar a una nueva dimensión, apenas esbozada hasta

ahora: la dimensión societaria, que rebasa la advertencia más tradicional que hicimos ya sobre las desigualdades sociales frente a la tecnología: es el tema que abordaremos en el punto siguiente, desde una perspectiva única (aunque existen muchas más), la que remite a la identidad.

La construcción de las identidades: la dimensión societaria

El concepto tradicional de identidad, tal y como se ha desarrollado en antropología, refleja la homogeneidad de un grupo social que comparte una memoria colectiva, produce una cosmovisión relativamente homogénea y aceptada por todos sus miembros, y actúa de concierto frente a la vida colectiva.

Esta forma de compartir elementos comunes (bienes materiales, entorno natural, construcciones simbólicas), se evidencia más en el contacto con el Otro: es cuando se toma mejor conciencia de lo que se comparte con los demás miembros del grupo, observando cuán diferente puede ser el Otro, miembro de otro grupo. Por ende, como lo señala Barth (1995), es en las fronteras entre grupos donde la percepción de la identidad se hace más evidente y donde la misma se consolida.

Aun así, es evidente que la identidad tiene una dimensión colectiva importante que no excluye, ciertamente, la construcción de una identidad individual. En ambos casos –individual o colectiva– las dimensiones espacial y temporal de la identidad son esenciales: la identidad, en un contexto tradicional, significa ciertamente compartir el espacio de una comunidad, y referirse a una temporalidad común a los miembros del grupo: las memorias colectivas se engrazan con las individuales en un todo coherente. La identidad es entonces espacio-temporalmente definida y restringida (no rebasa ciertas fronteras espaciales y ciertas fronteras temporales).

En el mundo moderno, por el contrario, se asiste a un proceso de individualización creciente que atañe a los individuos y a los lugares: al respecto Ascher ha señalado que: “La hipótesis que los lugares urbanos se inscriben en una dinámica de individualización no significa que no son determinados socialmente, sino que son constituidos por configuraciones más y más individuales. Singulares, inclusive no repetitivas, ya que los lugares y los momentos de las actividades individuales y colectivas son cada vez más elegidos por los individuos mismos” (Ascher, 2003: 17). Esta hipótesis implica que las relaciones entre tiempo y espacio son cada vez menos definidas colectivamente, sino a partir de decisiones individuales, donde cada individuo toma de la modernidad las herramientas que calcula le serán útiles para su propia vida.

En este contexto, el tiempo y el espacio también son instrumentalizados al grado de ser unas dimensiones más del aprovechamiento individual del mundo circundante hacia un beneficio personal.

Por una parte, podríamos afirmar que la identidad así creada no es forzosamente negativa: es la exacerbación de una suerte de individualización extrema del “ser-en-el-mundo” en su relación con el entorno. Así, el ser-en-el mundo en el sentido propuesto por Heidegger (el *Dasein*) define en forma individual su “región” heideggeriana, es decir el espacio mismo en el cual se pone en relación con el Otro y los objetos materiales, el mundo-a-la-mano.

Heidegger parte de la idea de que el espacio del proyecto físico-técnico (el espacio cartesiano) no puede valer como el único espacio verdadero. En espacios con otras configuraciones, como el espacio del arte, el espacio del actuar, el espacio del comercio cotidiano, el citado autor encuentra otras formas de espacio que le parecen tan válidas como el espacio puro o “puro espacio” (Dewitte, 1992: 202).

Según Heidegger, el mundo solo puede recibir su espacialidad de su ser-en-el-mun-

do. El espacio solo es comprensible a partir de la mundanidad, porque el espacio está en el mundo y no el mundo en el espacio.

La exhibición fenomenológica del mundo depende, entonces, de la posibilidad de hacer aparecer, a partir de los utensilios, la mundanidad del mundo ambiente o lo que está a mano (Frank, 1986: 45).

En el sentido existencial, el ser no pretende a la inclusión en la extensión corporal, sino a un habitar. Habitar es un modo de ser al espacio, de ser espacial, un modo de espacialización (Frank, 1986: 58). Más radicalmente, Heidegger afirma que "...la relación del hombre y del espacio no es nada más que la habitación pensada en su ser" (Heidegger, "Construir, habitar, pensar", p. 188; citado en Frank, 1986: 58).

El lugar ("place") no es un simple posicionamiento del ¿dónde?, la localización de cualquier objeto. Se determina con relación a los demás objetos y a partir del ser-en-el-mundo que define la posición de los objetos con relación a la obra que realiza (por ejemplo de las herramientas que usa para trabajar).

Un lugar se determina entonces con relación a los demás, y cada lugar es insustituible. De tal suerte, el espacio pudiera aparecer como fragmentado, formado de lugares distintos, solo articulados a partir de la lógica de los objetos. No es así, opina Heidegger, ya que "...el espacio está fragmentado en lugares. Esta espacialidad tiene no obstante su unidad propia gracias a la totalidad mundana de las finalidades del estar a la mano espacial" (Heidegger, citado en Frank, 1986: 69).

En este contexto de sentido, la identidad individual no está determinada por el grupo, sino por la relación particular del ser-en-el-mundo con el entorno, con el espacio al cual cada individuo asigna una coherencia desde su persona como centro.

La movilidad trastorna esta relación al espacio de la persona: por una parte, modi-

fica nuestra relación al mundo, que no es "lo que está a la mano" ahora reemplazado por lo que la extensión tecnológica nos aporta o nos ofrece como disponible. En ello, la continuidad espacial es eludida, cuando era esencial en la identidad personal como ser-en-el-mundo. El espacio es efectivamente fragmentado, pero más aún lo es la identidad. Desde la perspectiva colectiva, la identidad no se puede crear ni sostener fácilmente, ya que las fronteras con los otros no son forzosamente visibles, sino que se diluyen en un espacio virtual del cual el Otro no es forzosamente participante (hablo desde mi nodo a otro nodo en forma privatizada).

No cabe duda que las premisas mismas de la construcción de la identidad individual y colectiva son trastornadas por la posibilidad de desprenderse virtualmente de un espacio para participar de otro. En este sentido, un paisaje tradicional donde aparecen varios personajes (sea en la realidad sea en una representación) suelen ofrecer una unidad de acción y de pertenencia de los personajes al cuadro referido. Aun tratándose de personas extranjeras entre sí, participan de una misma fracción espacio-temporal y de una cierta acción.

Pero con la posibilidad de alejarse sin moverse o de integrarse a otro círculo identitario, sin moverse físicamente en la práctica, las reglas del juego se transforman: uno puede ser presente/ausente, partícipe/distante, aquí/allá. Por ende, los paisajes actuales, hipermodernos, combinan físicamente en un mismo espacio individuos que actúan bajo lógicas propias, como lo afirma Ascher (2003).

Por otra parte, cuando la noción de identidad pierde su anclaje espacio-temporal, también es posible compartir identidades de grupos selectos, sin limitantes relacionadas por la pertenencia a un determinado lugar de vida. La identidad desanclada o identidad móvil, puede ser asumida por un individuo como una entre varias, es decir asumiendo identidades múltiples. En este sentido, la fragmentación

espacio-temporal juega un papel decisivo, y la tecnología puede ser el soporte de lo mismo: ubicado en un espacio tradicional (un pueblo quizás, una comunidad) es posible asumirse parte de diversos grupos con identidades fragmentadas tanto en sus contenidos como por las participaciones temporales de individuos ubicados en fragmentos espaciales atomizados. Esta identidad puede ser musical, de sexualidad alterna, política, religiosa, etc. Todo eso permitido (pero no impuesto) por tecnologías adecuadas como la INTERNET.

Las identidades móviles serían entonces identidades asumidas en forma efímera por individuos dispersos a lo largo y ancho de un espacio-red a su turno soportado por un espacio absoluto.

¿Identidades cambiantes o identidades perdidas?

Para terminar este artículo, haremos una referencia breve a dos procesos sociales relativamente bien conocidos, pero que ponen en juego el tema de la identidad y el modelo espacio-temporal actual. El primero es el turismo y el tema de la identidad efímera en el ocio y el tiempo libre. El segundo es el del transnacionalismo, es decir, el proceso de migración internacional y la recreación de nuevas relaciones entre comunidades y lugares de origen y de destino.

El turismo o la identidad efímera en el ocio

Mucho se ha dicho sobre el turismo en general, pero poco desde la perspectiva de los imaginarios y de las identidades (Hiernaux, 2002). Un proceso remarcable que hemos observado en un estudio reciente sobre el turismo de segundas residencias (Hiernaux, 2005), es el tema de la relevancia de las mismas para los estratos sociales medios y altos.

Aun si en países como México esto es solo el hecho de menos del 10% de la sociedad, en otros contextos, particularmente

en Europa, la casa de campo, la segunda residencia representa algo distinto: en cierta forma, la casa de campo debe ser vista como una de las porciones múltiples del “habitar” humano (nuevamente en el sentido heideggeriano, siguiendo a Radkowski, 2002) fragmentado en variadas porciones del espacio que solo el incremento de la movilidad ha podido articular.

En este sentido, la segunda residencia no es un fragmento secundario del habitar moderno: como lo pudimos percibir a través del estudio realizado, para muchas personas se ha vuelto doblemente importante; por una parte, es un lugar donde se vuelven a conjugar las personas-palabras en una oración relativamente coherente, lo que difícilmente se logra en la cotidianidad de las familias, diseminadas en espacios distintos durante la semana.

Por otro lado, todo parece indicar que para muchas personas, la casa de campo suele ser parte de un esfuerzo para mantener un contacto más “tradicional” con el entorno: se construye así un imaginario de patrimonio, de respecto al ambiente, de participación a un mundo “natural”, una suerte de paraíso perdido en el entorno de las ciudades.

La casa de campo, la segunda residencia en general, se torna así una pieza clave, un espacio privilegiado de reconstrucción identitaria personal y familiar (incluyendo con frecuencia parientes y amigos). Las identidades móviles o ausencia de identidad, son insuficientes para la coherencia de la persona: la casa de campo viene a subsanar parcialmente una necesidad insatisfecha.

La transnacionalidad o la identidad compleja en la movilidad laboral

En muchos países, y particularmente en México que mantiene una fuerte relación migratoria con los Estados Unidos, los estudios transnacionales han tratado de analizar numerosos aspectos de las conductas individuales y colectivas, más allá de las

dos dimensiones tradicionales de los estudios migratorios, particularmente la demográfica (que suele acabar en "conteo") y la económica (que remite esencialmente a los mercados de trabajo, y las divisas retrotraídas por los migrantes a sus lugares de origen). Varias investigaciones realizadas con migrantes mexicanos a los Estados Unidos han relevado la presencia de un imaginario ligado al lugar de origen y al posible retorno (Besserer, 2004). Mientras que en muchos casos, este imaginario no rebasa el estadio de la construcción subjetiva, para otros se plasma concretamente en actitudes, géneros de vida y reacciones identitarias vivas.

La cuestión planteada en numerosas ocasiones, es sobre el sentido mismo de esta creación identitaria compleja, donde la movilidad tiene un papel importante. A pesar de las restricciones propias del estatus social que suelen alejar los migrantes del uso de ciertas tecnologías (INTERNET, celular), se asiste a una creciente penetración de ellas en la vida transnacional de los migrantes, que logran así comunicarse con su lugar de origen o con parientes y amigos, a su vez, diseminados en el espacio norteamericano.

Nuestra pregunta gira entonces en torno a la identidad: los símbolos identitarios exhibidos por los migrantes son numerosos, y se expresan en la música, la vestimenta, la comida, en general, signos materiales de pertenencia cultural, de identidad.

Inclusive, se ha observado que el migrante que regresa a casa puede transformarse en turistas en su propio lugar de origen, actuando con cierto distanciamiento y con actitud nostálgica con relación a lo que dejaron (Hirai, 2002). Pero ¿se trata realmente de la construcción de unas identidades móviles o una movilidad sin identidad (y a la búsqueda de la misma)? El tema es significativo porque remite también al derecho del migrante a una identidad propia, individual y de grupo, cuando el paso de un modelo espacio-temporal originario a otro (el de la aceleración espacio-tempo-

ral) le ha generado serios problemas de identidad en general (situación por lo demás moralmente no aceptada por los antropólogos, pero muy real)⁸.

A manera de conclusión

La discusión central que queremos abordar ahora a manera de consideraciones finales, y que es parte de la manera como formulamos el título mismo de este trabajo, es si estas identidades móviles o identidades-red, sean individuales o colectivas, pueden ser consideradas todavía como verdaderas identidades. Nuestra pregunta surge del hecho que el concepto mismo de identidad se forjó con relación a entornos sociales donde la visión compartida del tiempo reflejaba la duración, mientras que la del espacio se asociaba con la continuidad y subjetividad individual y colectiva.

¿Es válido transportar este concepto de identidad a la simple pertenencia a ciertas configuraciones simbólicas o de prácticas particulares, desprendiéndose del sustento espacio-temporal de la misma, que fue un soporte medular de su definición como identidad?

Por una parte, puede afirmarse que este nuevo modelo espacio-temporal, fruto de una voluntad de movilidad soportado a su turno por avances tecnológicos considerables, es suficientemente coherente para servir de referente a una identidad: en otros términos, la ausencia de continuidad espa-

⁸ Los estudios sobre transnacionalismo han cobrado un gran auge en México, debido a la creciente inmigración a los Estados Unidos, pero y sobre todo, por representar una segunda fase de los estudios de esta: después de las dimensiones demográfico-económicas, se ha indagado sobre el significado y las implicaciones de la migración, tanto desde dimensiones territoriales, como identitarias o políticas (el tema de la ciudadanía, por ejemplo). Al respecto, se publicará en 2006 un libro sobre algunos aspectos culturales y espaciales de esta situación (Hiernaux y Zárate, en preparación). La UAM Iztapalapa desarrolla actualmente un importante proyecto sobre el tema del transnacionalismo, con la Fundación Rockefeller y bajo la dirección de Federico Besserer.

cio-temporal, la fragmentación del modelo mismo, no son razones suficientes para que la identidad sea imposible: más bien refleja un abordaje distinto, dirigidos hacia la constitución de modelos identitarios innovadores y voluntaristas para asumir una pertenencia cualquiera.

Otra versión del mismo tema puede ser la siguiente: si se logra cada vez más un desenclaje espacio-temporal gracias a los avances tecnológicos demandados por la sociedad que pretende fugarse en una modernidad cada vez más avanzada o hipermodernidad, las identidades se diluyen como tal: tenemos "movilidad sin identidad".

En este caso, las pseudo-identidades tan apreciadas por los estudios culturales, no serían más que un signo de que, en terreno derrapante, el concepto de identidad es una especie de remedio frente a la patología de un mundo donde "...el individuo que se encierra en alguna manera en el momento presente, en una lógica del 'sin plazo' nada en la ilusión de poder triunfar del tiempo aboliéndolo, de allá este sentimiento de 'ubicuidad existencia'" (Aubert, 2003: 179). La identidad, como refugio para sentirse perteneciente a algo que desaparece irremediablemente, es una máscara (como lo señaló Michel Maffesoli) usada desesperadamente para esconder la inmensa soledad de un espacio vacío de sentido y un tiempo carente de memoria, pero peor aun: vacío de esperanza. Y sin el "Principio Esperanza" sabemos cual es el futuro del mundo.

Para la geografía humana contemporánea, estas cuestiones que pudieran parecer relevantes antes que todo para la filosofía o los estudios culturales, son esenciales para entender la espacialidad de los seres contemporáneos. La geografía humana no puede seguir construyéndose sobre "funciones" y "espacios" desprendidos de nuestros géneros de vida. Estos, a su turno, son el resultado de un mundo cambiante y de la actitud que solemos asumir frente a los cambios actuales.

Por ende, se hace imprescindible una geografía mucho más cercana a las pequeñas prácticas sociales en la espacio-temporalidad de la vida cotidiana, pero capaz, también, de articular estas prácticas con esferas más generales de la vida social, como la formación de la identidad o los cambios de modelo espacio-temporal que vivimos en la actualidad.

Bibliografía

ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003.

ASCHER, F. L'ambition moderne de maîtrise individuelle des espaces-temps: outils et enjeux. En: ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003, p. 17-28.

AUBERT, N. Urgence et instantanéité: les nouveaux pièges du temps. En: ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003, p. 169-185.

BACHELARD, G. *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica, Serie Breviarios, 2002, N° 435.

BARNES, T. & DEREK, G. (Ed.) *Reading Human Geography*. Londres: Arnold, 1997.

BARTH, F. Les groupes ethniques et leurs frontières. En: POUTIGNAT, P. & STREIFF-FENART, J. *Théories de l'ethnicité*. París: Presses Universitaires de France, 1995, p. 213-249 (original en inglés: 1969).

BESSERER, F. *Topologías transnacionales*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 2004.

CAMERON, A. & PALAN, R. *The Imagined economies of globalization*. Londres: Sage Publications, 2004.

- CLOKE, P. & JOHNSTON, R. (Ed.) *Spaces of Geographical Thought*. Londres: Sage Publications, 2005.
- CRANG, M. Time space. En: CLOKE, P. & JOHNSTON, R. (Ed.) *Spaces of Geographical Thought*. Londres: Sage Publications, 2005, p. 199-220.
- DEWITTE, J. Monde et espace: La question de la spacialité chez Heidegger. En: COULOUBARITSIS, L. *Le Temps et l'Espace*. Bruselas: Ousia, 1992, p. 201-219.
- DI MEO, G. Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales. *Cahiers de Géographie du Québec*, 1999, Vol. 43, N° 118, p. 75-93
- FRANCK, D. *Heidegger et le problème de l'espace*. París: Les Editions de Minuit, 1986.
- FOUCAULT, M. Of other Spaces. *Diacritics*, 1986, N° 16 (1), p. 22-27.
- GIDDENS, A. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- GODARD, F. Un éthique du temps, à la recherche du bon tempo. En: ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003, p. 29-39.
- GUMUCHIAN, H.; GRASSET, E.; LAJARGE, R. & ROUX, E. *Les acteurs, ces oubliés du territoire*. París: Anthropos, 2003
- HANNERZ, U. *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*. Frónesis: Cátedra Universitat de Valencia, Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.
- HIERNAUX, D. *Los senderos del cambio. Tecnología, sociedad y territorio*. México: Plaza y Valdés y Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo, 1999.
- HIERNAUX, D. *Metrópolis y Etnicidad: Indígenas en el Valle de Chalco*. México: El Colegio Mexiquense, 2000.
- HIERNAUX, D. Turismo e imaginarios. San José de Costa Rica: Comisión Latinoamericana de Ciencias Sociales, *Cuadernos de la CLACSO*, 2002, N° 121.
- HIERNAUX, D. *El turismo de segundas residencias en México*. México: CESTUR-UAM, 2005.
- HIERNAUX, D. y ZÁRATE, M. *Transnacionalismo: cultura y espacio*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa y Fundación Rockefeller, (en preparación).
- HIRAI, S. Diversas comunicaciones sobre los migrantes de retorno a Jolostotitlán, Jalisco, México. En: Seminario de *Estudios Transnacionales*, UAM Iztapalapa, 2002.
- HIRAOKA, J. La identidad y su contexto dimensional. En: MÉNDEZ y MERCADO, L. (Comp.). *Identidad, III Coloquio Paul Kerchhoff*. México: UNAM, 1996, p. 39-50.
- JAUREGUIBERRY, F. L'homme branché, mobile et pressé. En: ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003, p. 155-168.
- KNAFOU, R. (Dir.). *L'Etat de la Géographie (Autoscopie d'une science)*. París: Belin, 1997.
- LEFEBVRE, H. *La production de l'espace*. París: Anthropos, 1974.
- LINDÓN, A. De la utopía de la periferia a las geografías personales. *Ciudades*, 2005, N° 65, p. 3-9.
- LINDÓN, A. Geografías de la vida cotidiana. En: HIERNAUX, D. y LINDÓN, A. (Dir.) *Tratado de Geografía Humana*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa (en prensa-a).

LINDÓN, A. Territorialidad y género: Una aproximación desde la subjetividad espacial. En: AGUILAR, M. y RAMÍREZ, P. (coord.) *Pensar y habitar la ciudad*. Iztapalapa: UAM-Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades y Editorial Anthropos de Barcelona (en prensa-b).

RADKOWSKI, C. *Anthropologie de l'habiter*. París: Presses Universitaires de France, 2002.

SANTOS, M. *La nature de l'espace*. París: L'Harmattan, 1997.

SOJA, E. *Postmodern geographies (The reassertion of space in critical social theory)*. Londres: Verso, 1997.

ZARIFIAN, P. Le temps du travail. Le temps devenir face au temps spatialisé. En: ASCHER, F. & GODARD, F. (Coord.) *Modernité: la nouvelle carte du temps*. París: Editions de l'Aube, DATAR, Colloque de Cerisy, 2003, p. 85-100.

eure

REVISTA
LATINOAMERICANA
DE ESTUDIOS URBANO
REGIONALES

Vol. XXXI, N° 93
Agosto 2005

Director:

Carlos A. de Mattos

Comité Editorial:

Pablo Allard

Federico Arenas

Oscar Figueroa

Lucía Dammert

Alfredo Rodríguez

Claudia Rodríguez Seeger

Francisco Sabatini

Editor:

Diego Campos

Secretaría:

Ketty Vilches

Diseño cubierta:

Caroline Iribarne

Fotografía cubierta:

I. Municipalidad de Santiago
(2004)

EURE es indizada por HAPI, PAIS, CLASE, Current Contents Social & Behavioral Sciences (ISI), Social Sciences Citation Index (ISI), Sociological Abstracts, Elsevier GEO Abstracts, RedAlyc y The International Bibliography of the Social Sciences.

EURE versión electrónica:
www.scielo.cl/eure.htm

Tema central: Nuevas tendencias urbanas

El impacto socio-espacial de las urbanizaciones cerradas: el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires

Guy Thuillier

Ciudades-modelo: estrategias convergentes para su difusión internacional

Fernanda Sánchez y Rosa Moura

Urbanización, precios del suelo y modelo territorial: la evolución reciente del Área Metropolitana de Barcelona

Manuel Herce

Revitalização de centros urbanos no Brasil: uma análise comparativa das experiências de Vitória, Fortaleza e São Luís

Tarcísio R. Botelho

Otros temas

Los estudios de descentralización en América Latina: una revisión sobre el estado actual de la temática

Egon Montecinos

Eure Tribuna

El centro histórico como proyecto y objeto de deseo

Fernando Carrión

Eure Reseñas

Carlos Ossa y Nelly Richard, Santiago imaginado

Maria Constanza Mujica

Luiz Cesar de Queiroz Ribeiro, Metrópolis. Entre a coesão e a fragmentação, a cooperação e o conflito

Rosa Moura

Rodrigo Hidalgo, La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX

Rodrigo Tapia

Lucía Dammert (ed.), Seguridad ciudadana: experiencias y desafíos

Diego Campos

Eure Informa